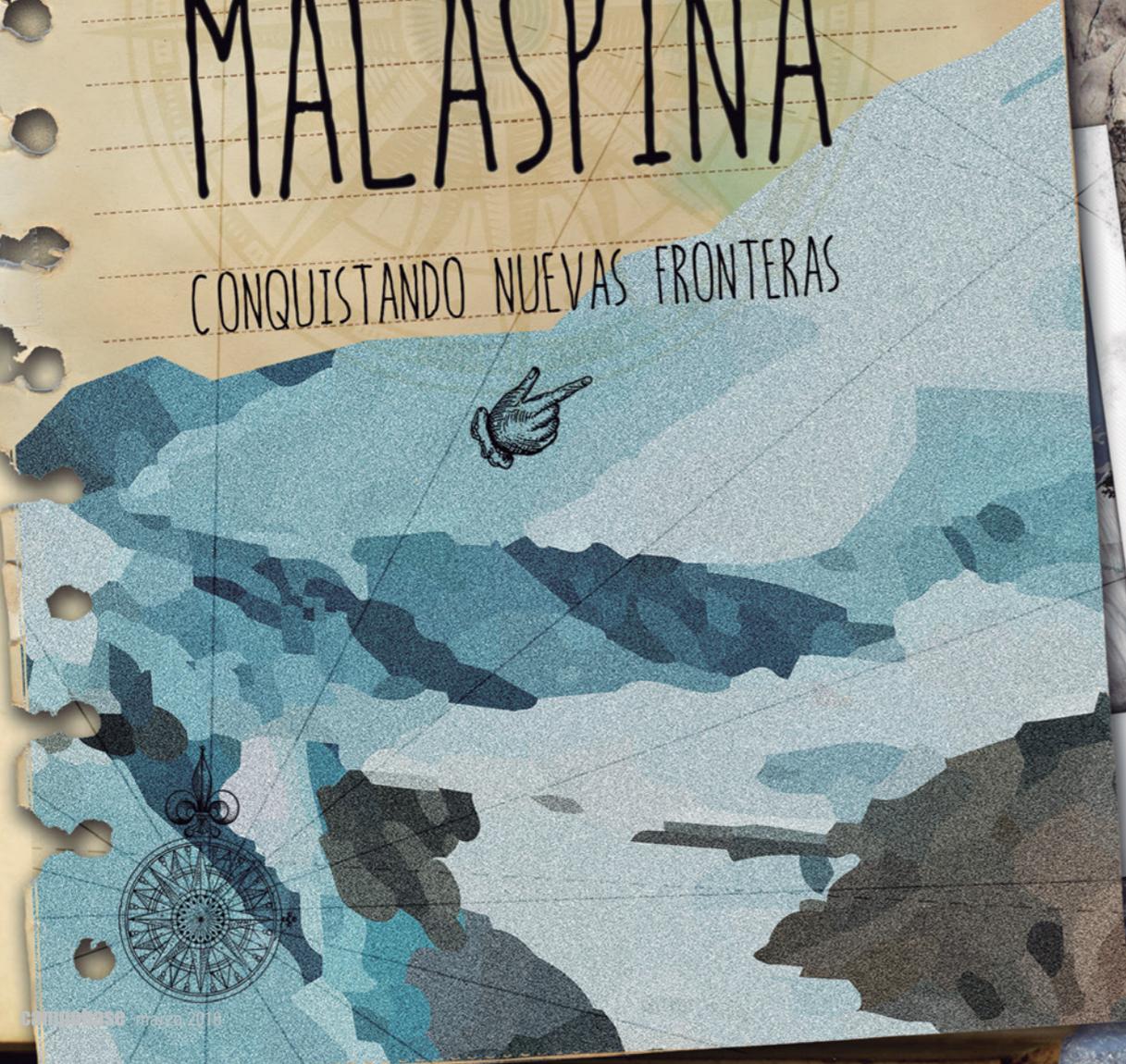


# MONTE MALASPINA

CONQUISTANDO NUEVAS FRONTERAS



TEXTO CAMILO RADA  
FOTOS CAMILO RADA Y NATALIA MARTÍNEZ



Retrato de Alessandro Malaspina. →

Mitos, errores y mentiras han sido el motivo de grandes exploraciones, lideradas por espíritus curiosos que buscaban la verdad y, sobre todo, la aventura.

Así fue como a finales del siglo XVIII, comisionado para recorrer el globo estudiando y explorando las colonias de la corona española, el italiano Alejandro Malaspina se desvió hacia las remotas tierras boreales donde, en la latitud de 60° norte, el capitán español Lorenzo Ferrer Maldonado clamaba haber descubierto en 1588 un paso que permitía conectar los océanos Atlántico y Pacífico.

Malaspina exploraba y describía lo que hallaba con todo lujo de detalles, en un claro intento de poner a España a

la altura de las exploraciones de James Cook y el Conde de La Perouse, las cuales transformaron la visión del mundo y fundaron las bases de una nueva era para la exploración.

Admirador de su predecesor inglés, al comando de las naves "HMS Discovery" y "HMS Resolution", Malaspina bautizó las suyas a la sazón "Descubierta" y "Atrevida" y con ellas, tras recorrer Argentina, rodeó el Cabo de Hornos para seguir por la costa del Pacífico explorando Chile y las demás colonias españolas, alcanzando luego las costas de la actual Alaska en 1791, en busca del mítico paso del Noroeste, aunque resultó ser una farsa, sin quererlo contribuyó enormemente a la exploración de esta remota región.

A su regreso a España, Malaspina se metió en grandes aprietos por recomendar

la independencia de las colonias, lo que llevó a una secuencia de sucesos que terminaron en una condena de 10 años en el calabozo del castillo de San Antón (La Coruña), la que afortunadamente fue interrumpida tras 6 años por solicitud del mismísimo Napoleón Bonaparte.

Casi un siglo después, el US Coast Survey bautizaría el más grande de los glaciares de la zona en su honor. Al igual que a la montaña que se erguía en sus nacientes: el Monte Malaspina.

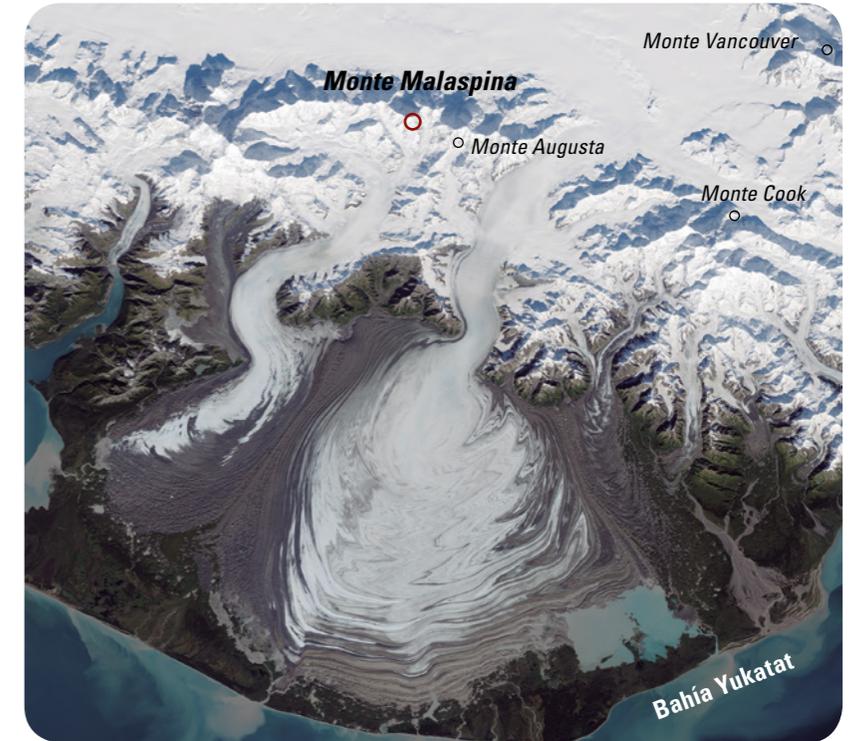
Estos primeros levantamientos cartográficos pusieron al vecino Monte San Elías en la mira de los aventureros más ambiciosos, pues durante casi un siglo se creyó que constituía la cumbre más elevada de Norte América, otro error que traería como consecuencia un enorme impulso a la exploración de la zona. ▶



EN EL HANGAR DE ICEFIEL DISCOVERY ORGANIZANDO LA CARGA PARA ASEGURARSE DE QUE TODO ENTRA EN EL PEQUEÑO AVIÓN MONOMOTOR.

CAMILO Y NATALIA SE DESPIDEN DE TOM, EL PILOTO ¡EMPIEZA LA EXPEDICIÓN!

Vista desde el satélite de los glaciares Agassiz y Malaspina.



Los majestuosos ríos de hielo de Kluane National Park.

► **Intrusos**

Enamorados de la Patagonia, Natalia y yo, a pesar de haber trabajado durante los últimos tres veranos boreales en la Cordillera de San Elías, una vez finalizado el trabajo recorríamos medio mundo para internarnos en el frío invierno patagónico. Así realizamos nuestras expediciones a la Cordillera de Sarmiento, El Monte Sarmiento y del Volcán Aguilera (publicado en la revista *campobase* nº 129), todas incluidas dentro de nuestro proyecto "Uncharted", el cual busca rescatar y contribuir al patrimonio de la exploración en las regiones montañosas más remotas.

Intrusos e ignorantes en esta tierra de auroras, nos resultaba difícil encontrar un objetivo que satisficiera nuestro apetito por la exploración en una región donde pensábamos que todo estaba explorado. Pero eso no podría estar más lejos de la realidad, pues incluso allá en el norte queda una infinidad de valles por explorar



y cumbres por alcanzar, simplemente hay que investigar para saber dónde están, y fue mi amigo Damien Gildea quien hizo esa dura y poco reconocida labor, descubriendo que el Monte Malaspina resultaba ser la montaña más alta inescalada de Norte América. Aunque dicho título se puede reclamar cuestionando la definición misma de "montaña", el Malaspina era sin duda la cumbre más prominente aún sin escalar de Norte América.

Otra particularidad del Monte Malaspina, que no es común entre las montañas inescaladas, es que tiene la fortuna de poseer un nombre propio, de hecho, fue lo primero que nos llamó la atención pues existe un gigantesco glaciar con el mismo nombre, y también un cordón montañoso en Campo de Hielo Sur (Patagonia). Investigando acerca de esta misteriosa montaña nos enteramos de que había sido ya intentada por una expedición polaca en 1976, y que actualmente había varios escaladores con planes de intentarla. ►

→ Natalia avanza sobre el glaciar con la esperanza de encontrar un paso hacia la pared norte.



► Al observar esta montaña, Israel Russell, uno de los miembros de la expedición de la National Geographic Society que en 1891 se desplazó hasta la zona en busca de la cumbre del Monte San Elías, diría:

*“Mirando las alturas sobre el glaciar Marvine, más allá de los agudos pináculos y escarpadas cumbres de sus nacientes, se alzan agujas del blanco más puro, proyectándose sobre el cielo del Norte como torres de una catedral.*

*Evocan la arquitectura eclesíástica del Viejo Mundo; Pero en lugar de estar desteñidas y ajadas por el tiempo, éstas parecen hechas de mármol inmaculado.*

*Tienen una grandeza y semblante visto sólo en las montañas de primera magnitud. La catedral a la derecha, con la larga cresta acornizada, y una ahusada aguja en su extremo oriental, es el Monte Augusta; su elevación es de más de 5,500 metros. Un poco más al Oeste, e igualmente hermoso, aunque un poco más bajo, se alza el monte Malaspina - un digno monumento al desafortunado navegante del cual toma su nombre.”*

(An expedition to Mount St. Elías, Alaska, pp. 117)

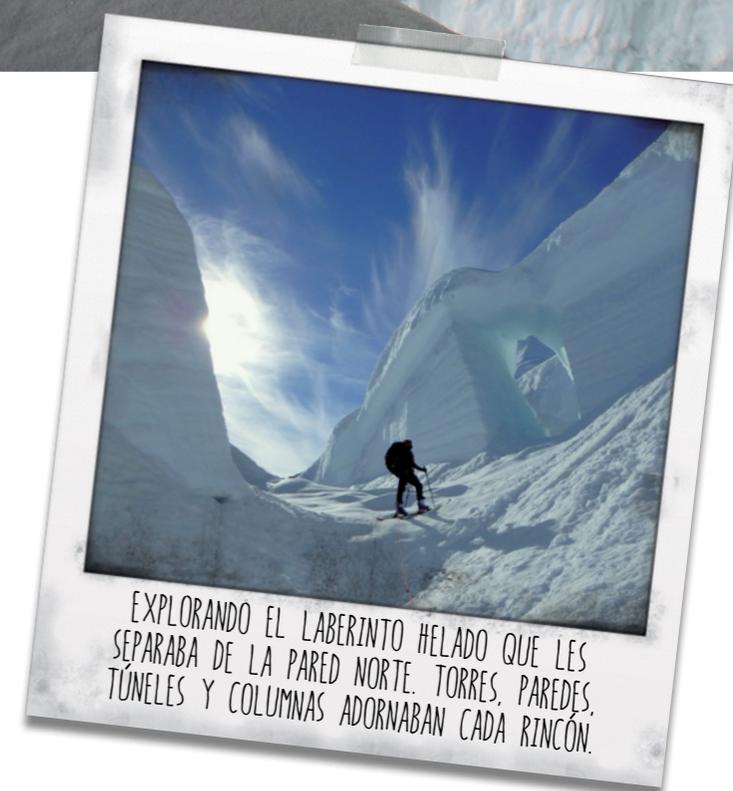
Al leer estas líneas, resulta difícil creer que bien entrado el siglo XXI esta montaña permaneciera inescalada, y sin duda aumentaba nuestro deseo de explorarla. Así, la decisión final cayó por su propio peso, nos alejaríamos momentáneamente de nuestra querida Patagonia para aventurarnos en la catedral de mármol inmaculado del Malaspina.

Seríamos un equipo de dos, minimalista, pero seguro, en busca de una escalada en estilo alpino. Mi compañera de aventuras sería, una vez más, Natalia Martínez, una mujer menuda, de baja estatura y sonrisa amplia, que gusta de la caballerosidad a la antigua, pero que pelea ferozmente por su parte del trabajo. Hay



← Un gran telón de fondo, el Monte Logan.

que quitarle a la fuerza las cosas para que no llene su mochila hasta que la duplique en tamaño. Tiene una fortaleza que no va acorde con su estatura, y aunque no le faltan los músculos, es su voluntad férrea la que destaca. Es de pocas, pero decididas palabras, posee esa sabiduría simple y certera que da la experiencia, esa tan característica de la gente de campo, que observa, siente, vive y es uno con su medio, y el medio de Natalia es, sin duda alguna, las montañas. ►



► **Volando entre gigantes**

El sueño de esta aventura comenzaría a materializarse el 4 de agosto del 2015, cuando en el Lago Kluane abordábamos un avión monomotor de los años 60, equipado con esquís para aterrizar en las nieves eternas del Kluane National Park, en el Yukón, Canadá.

Al levantar el vuelo nos adentramos en un mundo de gigantescas montañas y ríos de hielo, siguiendo primero el colosal glaciar Kaskawulsh, con un formidable despliegue de colores y simetría como si se tratara del trazo de la brocha de un pintor celestial.

Pasado el hermoso Monte Queen Mary, un portal se presentaba ante nosotros, flanqueado por dos colosos cuyas cumbres superaban con creces la altura de nuestra minúscula nave: a la derecha el Monte Logan, que rasguñando los 6.000 metros de altura es amo y señor de toda la región y la montaña más alta de Canadá, y a la izquierda el Monte King George, esbelto e imponente como Jano guardando las puertas del cielo, mostrándonos por fin el paisaje que tantas veces habíamos recorrido soñando sobre fotografías y mapas.

La calidad de la nieve no permitió el aterrizaje donde teníamos planeado, por lo que lo hicimos muy cerca del Monte San Elias, lo que nos dejó a 12 kilómetros del valle del Malaspina. Ahí nos despedimos de Tom, nuestro piloto, quién en cosa de segundos ya estaba nuevamente suspendido entre las montañas llevándose el cordón umbilical que nos unía a la civilización y devolviéndole a los hielos su silencio y paz.

**El laberinto de hielo**

Con lo poco que ya habíamos visto de la montaña, la lista de posibles rutas de ascenso se había reducido dramáticamente, y todas las opciones partían del otro lado del quebrado glaciar que baja de la pared Norte de la montaña.

Al siguiente día, el primer intento de cruzar ese intrincado campo de grietas se vio truncado por una especialmente grande, de unos 6 metros de ancho y varias decenas de profundidad, con paredes verticales y, para nuestra sorpresa, al menos los 20 metros superiores eran de



Detrás del infranqueable laberinto de grietas, la pared Norte del Malaspina parece reírse ante los inútiles intentos de Camilo y Natalia por alcanzarla. ↑

nieve compacta en lugar de hielo como es habitual, por lo que la alternativa de bajar y escalar el otro costado tenía muy poco futuro.

Retrocedimos, rodeamos y buscamos otra vía de paso, sólo para encontrar dificultades similares. Retroceder, rodear, buscar... el ejercicio se repitió en múltiples ocasiones sin éxito, pero así, poco a poco "mapeábamos" ese pequeño laberinto de hielo, acompañados del rumor constante generado por la caída de rocas y avalanchas de las paredes que nos rodeaban.

A la mañana siguiente volvimos con optimismo a internarnos en el laberinto, y al final del día ya habíamos explorado cada alternativa, llegando a una conclusión simple pero al mismo tiempo difícil: la única manera de alcanzar la pared era por el margen izquierdo del glaciar, donde enormes avalanchas habían rellenado las

igualmente enormes grietas. Tras volver a examinar ese margen que ya habíamos descartado el primer día, la ausencia de nuevas avalanchas nos dio una pizca de optimismo, pero el paso parecía sacado de una película de Indiana Jones donde todas las trampas posibles se interponían entre nosotros y nuestro objetivo. Tres conos de deyección se sucedían y sobreponían: el primero recibiendo caída de seracs, el segundo de avalanchas y el tercero de rocas.

Durante la épica ascensión al *Hummingbird ridge* del Monte Logan en 1966, sin duda una de las rutas más emblemáticas de Norte América, y visible frente a nuestro campamento base, le dieron a un pasaje de similares características el nombre de Osod, una palabra indígena que describe el sentimiento suculento, invasivo y penetrante del miedo. Parecía una excelente descripción en este caso también. ►

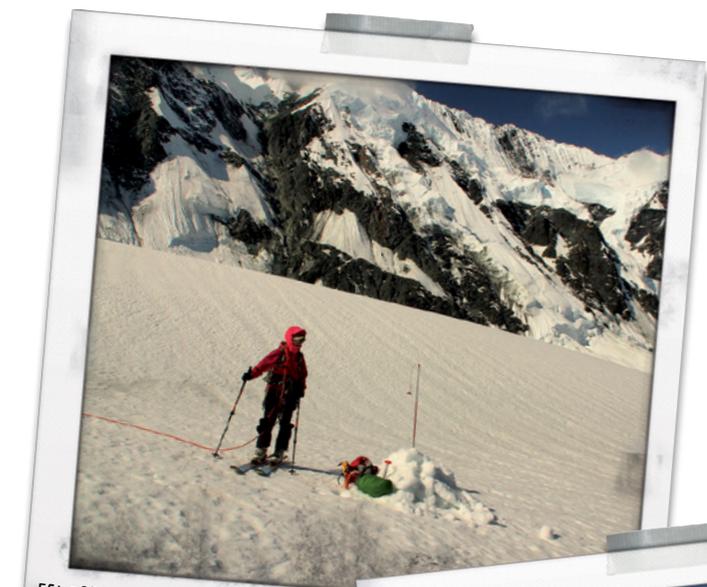


Por más que buscaban el paso, el glaciar se empeñaba en cortarles el paso con gigantescas grietas imposibles de sortear. ↑

↓ El temible, pero único paso que encontraron. Un cinturón de caídas de seracs, rocas y nieve.



El desafío se acercaba mientras subían hacia el campamento alto, con la esperanza de lanzarse muy pronto en busca de la cumbre. ↓



FELICES, TRAS ALCANZAR EL OBJETIVO, DESCARGAN EL EQUIPAJE.



RECORRIENDO IMAGINARIAMENTE TODAS LAS POSIBLES RUTAS, BUSCANDO CON LA MIRADA LA VÍA MÁS SEGURA.



Dejamos un depósito a una distancia segura de cualquier cosa que pudiera caer nos encima y regresamos al campamento base. Esa tarde, al fin, sentíamos que estábamos un paso más cerca del objetivo.

#### Avalancha

Con un tiempo deteriorado, instalamos nuestro campamento alto en el lugar del depósito, donde la tarde pasó tranquila entre charlas y mate, escuchando como se alternaba el suave roce de la nieve con el tamborileo de la lluvia sobre la carpa. Las condiciones se mantuvieron durante la noche, y la mañana nos sorprendió rodeados de densas nubes. De pronto, nuestra pequeña carpa se vio embestida por un viento bestial que abalanza las paredes contra nosotros. Reaccioné con todas mis fuerzas para sostener la carpa y evitar que el viento la destruyera. Grité a todo pulmón para decirle a Natalia que me ayudara. Su cara entremezclaba desconcierto y susto. Yo, en cambio, me sentía absurdamente tranquilo, convencido de la seguridad del lugar. El tiempo pasaba retorcidamente al punto de que ya no sabía si eran segundos o minutos, pero la furia desatada del viento no mermaba y mi seguridad se iba desvaneciendo. De los ojos de Natalia y los míos brotaba ►

► Decidimos que volveríamos a *Osod* durante la madrugada del día siguiente, cuando la montaña duerme presa del frío, y las probabilidades de caída de material disminuyen. Al alba del día 7 de agosto nos encontramos evaluando por tercera vez la seguridad de *Osod*. Aparentemente reinaba la calma, y no había rastro de nuevas caídas, así que decidimos intentar cruzarlo en una técnica híbrida entre esquí

de *randonnée*, escalada en hielo y carrera de 100 metros lisos.

Una vez al otro lado alcanzamos rápidamente la base de la pared desde donde podíamos evaluar con claridad las posibles rutas de ascenso.

Mientras trataba de convencer a Natalia de las virtudes de elegir un espolón de roca que recorría la pared señalándole uno a uno los pasos que veía, de repente, desde uno de los pasos que segundos

antes había apuntado, una roca se desprendió espontáneamente y cayó con un golpe seco sobre el glaciar, dando punto final a mi argumento.

Descartado el espolón, la única opción era subir al portezuelo Oeste, lo que implicaba pasearse un buen rato bajo una banda de seracs y cruzar un activo cono de deyección, dos cosas que buscaba evitar con mi malograda idea del espolón.

Natalia, desde la cumbre, contemplando el colosal glaciar Malaspina. Una visión que parecía pertenecer a otra realidad. →



► un diálogo mudo acerca del temor de que en cualquier momento una masa de nieve nos sepultaría.

Un millón de pensamientos más tarde, el viento comenzaría a perder fuerza y la racionalidad y la calma regresarían, o al menos eso creo. Pienso: "el lugar era y sigue siendo seguro, fue solo el spray de una avalancha y no hay nada de que preocuparse". Natalia, en cambio, se mostraba poseída por la idea de que teníamos que irnos cuanto antes. Discutimos largo rato, yo propuse esperar el frío de la noche antes

de movernos, ella abogaba por abandonar el campamento de inmediato.

Finalmente accedí a regañadientes, pero al salir de la carpa se volvió evidente que ella tenía la razón: desperdigados por todos lados había pedazos de hielo que iban desde el tamaño de un puño, al de un televisor. Sin poder entender lo sucedido, comprendí que no llegaron rodando si no volando. El más grande de ellos había aterrizado a escasos 5 metros de la carpa. La escena comenzaba a cobrar sentido, uno de los seracs que colgaba 1.000 metros

sobre el glaciar se había desplomado, reventando y lanzando proyectiles hasta casi un kilómetro de distancia.

Los seracs no tienen hora ni período, pueden caer en cualquier momento, esta primera vez nos la perdonaron y salimos indemnes, pero tal y como Natalia sentía, no había que tentar a un segundo encuentro y teníamos que escapar a la seguridad del campamento base lo antes posible. Cruzar *Osod* fue tal vez la parte más terrorífica, la atmósfera estaba extremadamente calma y sumida en un silencio sepulcral, pero

Natalia ascendiendo el séptimo largo de la pala hacia el hombro Este, mientras las cumbres lentamente se teñían de rojo.



EN EL PORTEZUELO ESTE, LOS PELIGROS DE LA PARTE INFERIOR AL FIN HABÍAN QUEDADO ATRÁS.



TRAS EL SEXTO LARGO DE LA PALA, SE DETUVIERON A FUNDIR AGUA Y RECUPERAR FUERZAS.



A LA CARRERA, SUPERARON EN ENSAMBLE LOS INTIMIDANTES LARGOS QUE CORRÍAN BAJO LA BANDA DE SERACS.

nuestras viejas huellas desaparecían de tanto en tanto bajo los restos de avalanchas frescas, las que machacaban sobre nuestras cabezas la urgencia de la huida.

#### Seducidos por la montaña

Ya en el campamento base, la cordillera de San Elías sacó a relucir todos sus encantos el día 12 de agosto, el sol alumbraba la blanca silueta del Monte Malaspina que se recortaba nítidamente contra un cielo de azul inmutable. Al día siguiente la montaña nos envistió nuevamente con todo su poder de seducción, ►



► al que sucumbimos decidiendo intentar la cumbre desde el campamento base, lo que significaba un desnivel de casi 2.000 metros.

Dejamos pasar ese día para que las paredes se deshicieran de la nieve fresca dejada por la tormenta, y calculamos cuidadosamente nuestro itinerario para pasar cada sección expuesta a la hora ideal.

Así, a las 00:40 horas del día 14 iniciamos la marcha. Osod estaba profundamente dormido, así que, sin inconvenientes, en tres horas alcanzamos nuestro abandonado campamento alto. Luego, como un marino que lee las olas rompiendo para navegar por aguas traicioneras, íbamos cuidadosamente escogiendo el camino por el ondulado terreno tratando de evitar las zonas de desprendimientos. Un cono de deyección al fondo del valle se veía tremendamente activo, aunque se encontraba en aquellos momentos adormilado por la helada. Sus despojos se canalizaban en el valle en un río intermitente de hielo y rocas. Ganamos elevación de sobra para poder cruzarlo cuesta abajo y, en su parte más angosta, apurados como escapando de un monstruo invisible.

La escalada al portezuelo Este estaba casi completamente a merced de una banda de seracs, muy activa en su extremo izquierdo, y que evitamos a través de una sección de hielo vertical. Nada se había desprendido durante nuestra estadía desde la franja que dominaba lo que restaba de la ruta, pero las gigantescas gárgolas de hielo que colgaban amenazantes sobre nuestras cabezas nos recordaban que eso no era garantía de seguridad.

Subimos en ensamble y tan rápido como pudimos, intercalando zonas de nieve con hielo de hasta 60° de inclinación. Un crujido profundo y sordo nos dio una inyección de adrenalina, pero afortunadamente venía del lado izquierdo a unos 100 metros de distancia, aunque el espectáculo de los bloques de hielo retumbando y explotando al chocar contra las rocas no era del todo alentador. Una gran avalancha en la pared norte se sumó al lúgubre espectáculo.

Concentrados y en silencio fuimos ganando los 300 metros de escalada que transcurrían bajo la barrera de hielo hasta alcanzar el portezuelo ya pasado el medio día, cuando las doce horas de intensa actividad ya se hacían sentir en el cuerpo.



← Sintiendo el peso de los pies a cada paso, la idea de renunciar crecía en la cabeza de Camilo mientras se enfrentaba al primer largo de la pala de hielo.



← La vista de la cumbre, recortada en un cielo profundamente azul, les recibió a la salida del iglú.



UN GRANDIOSO AMANECER LES EMPUJARÍA A SACAR SUS ATERIDOS CUERPOS DE AQUEL GÉLIDO REFUGIO.

#### La duda

Sobre nosotros se alzaba una hermosa pala de hielo y nieve de 350 metros de desnivel coronada por unas pequeñas cornisas que riveteaban el hombro Este de la montaña. El terreno era propicio para disfrutar de la escalada al 100%, la parte "fea" de la ruta ya había quedado atrás, aunque parecía que con ella también se había quedado mi energía. En la nieve me pesaban los pies, y en el hielo mis brazos lacios no lograban acertar los golpes, haciendo que el piolet rebotase como si fuera de goma.

Creo saber dosificar mis fuerzas para enfrentar jornadas largas en montaña, pero la tensión vivida trastocó mi estrategia y me sentía vencido. A duras penas completé el largo y recuperé la cuerda de Natalia. Ya había tomado la decisión de regresar, solo esperaba a Natalia para confirmarlo. En cuanto llegó y se acomodó en la minúscula terraza que pudimos ►

► tallar con los crampones le pregunté: "¿estamos seguros de querer seguir?". Estaba esperando el más ligero asomo de duda para elaborar sobre él mi argumento, pero la respuesta fue tajante y concluyente: "¿vos estás loco? Ya llegamos hasta acá, y ahora no nos vamos a volver. ¡Yo no vuelvo a subir acá ni en pedo! Es ahora o nunca..." Cuando alguien tiene razón... tiene razón.

El siguiente largo fue gracias al aliento de mi compañera, pero al rato recuperé fuerzas y con energías renovadas comencé a disfrutar nuevamente de la escalada. Los metros ganados ampliaban la vista hacia territorios fantásticos y volvía a acariciar el sueño de la cumbre.

Por lo demás, no había apuro, sólo nos aventurábamos en la terrorífica parte inferior de la pared en las frías horas de la noche, por lo que contábamos con al menos 24 horas para subir y bajar lo que nos quedaba.

Los largos se sucedían y la pala parecía no acabar nunca. Mientras, las cumbres comenzaron a teñirse de rojo regalándonos un espectáculo de aquellos que suavizan las asperezas y hacen sentir que cualquier esfuerzo vale la pena.

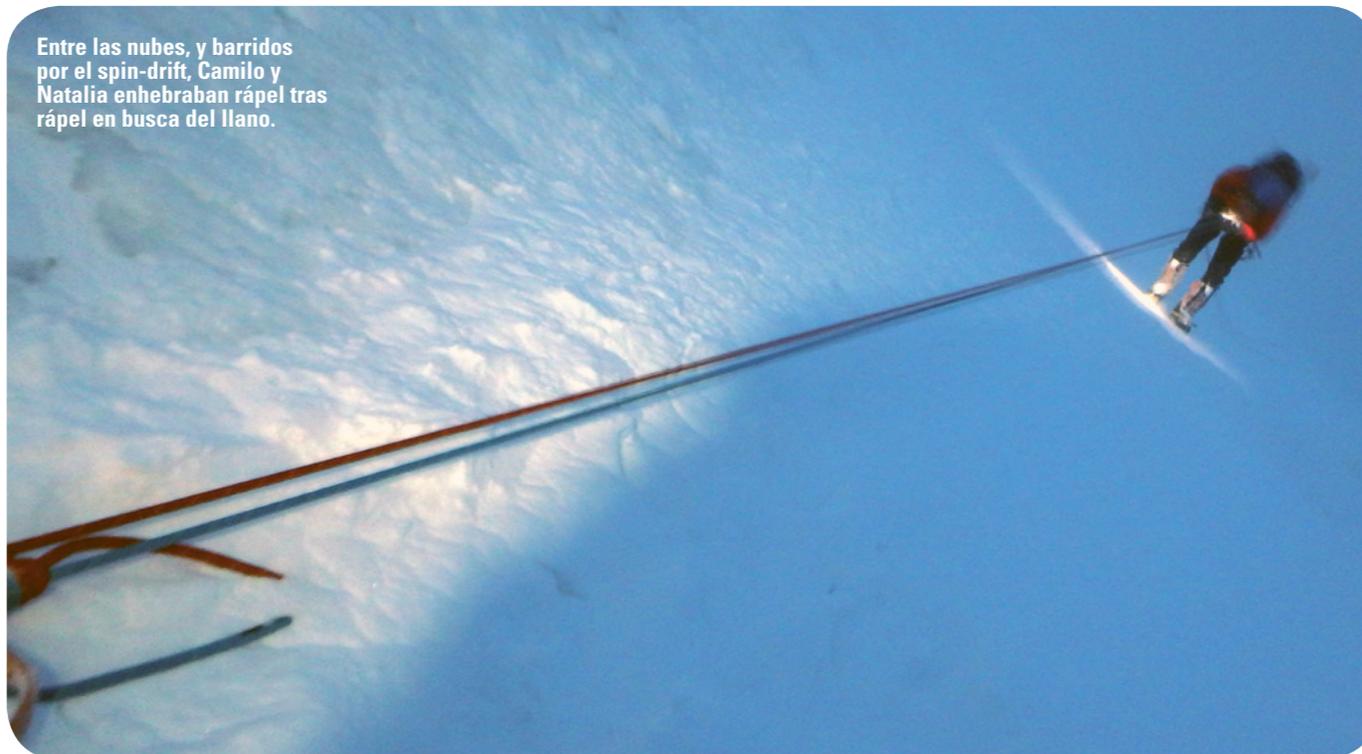
Ya de noche, la cornisa nos exprimió las últimas fuerzas que nos quedaban, e incluso es más, al "emerger" de ella el panorama fue decepcionante, en lugar del pequeño "plateau" que nos habíamos imaginado no era sino una afilada arista que caía abruptamente hacia el Sur, y abajo, muy abajo, se veían las luces de los barcos en la bahía de Yakutat.

Tras 24 horas de intensa actividad, sólo pensábamos en descansar, pero el gélido viento que acariciaba el filo lo hacía imposible, así que pasada ya la medianoche decidimos cavar un pequeño nicho, el que al final la nieve dura nos obligó a transformar en iglú.

Mientras luchábamos con los bloques de hielo, exhaustos, tratando de que las paredes se sostuvieran mutuamente, Natalia notó unas extrañas luces en el cielo que se sumaban a ese momento surrealista... ¡Auroras boreales! Luces



Las nubes comenzaban a envolverlos mientras sintonizaban la monotonía de los rápeles.



Entre las nubes, y barridos por el spin-drift, Camilo y Natalia enhebraban rápel tras rápel en busca del llano.



LOS MONTES SAN ELÍAS LES DESPIDEN CON UNA NOCHE ESTRELLADA.

CONCENTRADOS EN CADA PASO, FRANQUEAN LA BANDA DE SERACS TAN RÁPIDO COMO PUEDEN.

verdes danzaban en el cielo del norte como los velos de una odalisca. Observamos el espectáculo por unos instantes y, aunque había soñado toda mi vida con verlas, el cansancio era tan intenso que rápidamente volvimos a nuestra construcción, deleitándonos de cuando en cuando con el espectáculo celestial cuando nuestros músculos se negaban a trabajar.

De pronto, el refugio estuvo terminado, cuerdas, mochilas y cintas sirvieron de colchón y nos rendimos al sueño.

#### Paleta de azules

El 15 de agosto arrancó a cámara lenta. Ateridos y helados hasta los huesos, comenzamos gradualmente a prepararnos para seguir adelante, animados por un cielo azul que llenaba la pequeña entrada de nuestro iglú. No dormimos más de 3 o 4 horas, tiempo suficiente para hacer de éste un nuevo día, con un ánimo renovado y su propio afán.

Al salir del iglú se nos reveló un día perfecto, la calma y el sol inundaban este

mundo de hielo, roca y mar, y el terreno por delante se mostraba franco y amigable. Llenos de optimismo emprendimos la marcha hacia la cumbre.

Apocos metros de la meta, súbitamente se abrió un amplio y nuevo horizonte hacia el Sudoeste, dominado por la mole descomunal del glaciar Malaspina, un glaciar superlativo que a diferencia de los que se le comparan en tamaño, no está cubierto de nieve, si no que luce su gigantesco disco de hielo y morrenas que se enrollan como si allí mezclara sus colores el lunático que pintó este paisaje monocromático, usando nada más que una paleta de azules... los más oscuros para el Océano y mil matices para los hielos, la nieve y el cielo.

En la cumbre se completó la escena, donde figuraban también los montes San Elías, Logan, Vancouver, Agusta, Cook y a lo lejos el Fairwarther fundiéndose entre el cielo y el mar.

Una cosa es hacer cumbre y otra es disfrutar de ella... Con los corazones ►

Itinerario de la primera ascensión al Monte Malaspina (3.776 metros), en las montañas St. Elías, Yukón, Canadá, abierto por Natalia Martínez y Camilo Rada el 15 de agosto de 2015. Arista Este (1.900 metros, TD, AI2, 55°-65°).



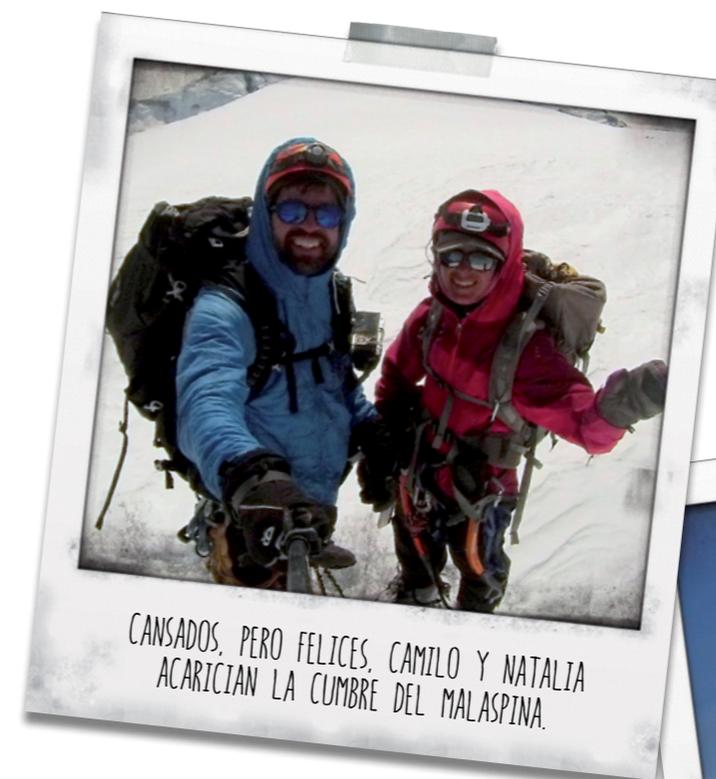
► henchidos de alegría nos abrazamos fuertemente, en un lugar donde cien veces pensé que jamás llegaríamos. Al mirar las fotos de ese momento me doy cuenta de la disociación brutal del momento, estábamos felices, eufóricos y radiantes de gozo, pero en un cuerpo sombrío y ajado.

Eran las dos de la tarde y el GPS marcaba 3.756 metros cuando comenzamos a pensar en el próximo paso. La alegría se veía poco a poco turbada por la siguiente etapa, pues la cumbre es

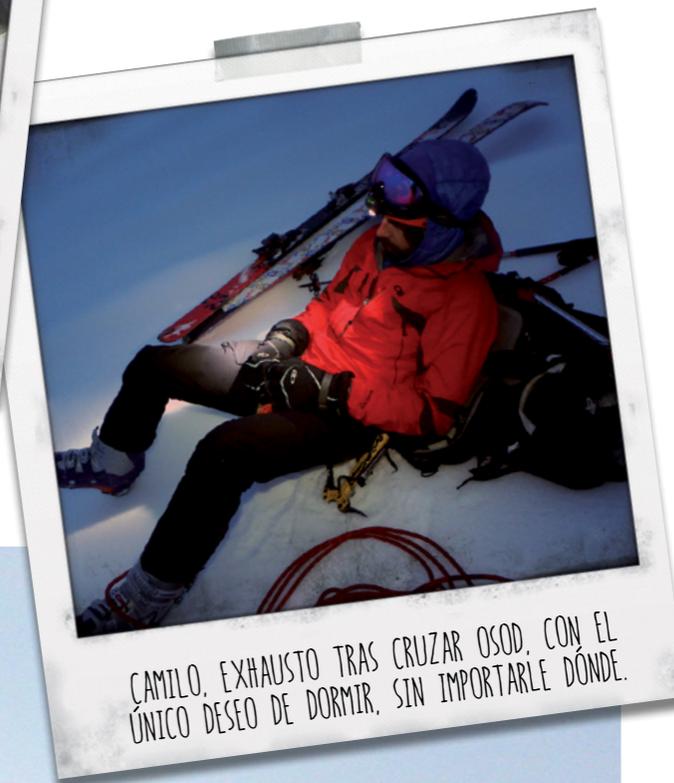
con suerte la mitad del camino, y obviamente nos perturbaba la idea de volver a ese mundo de allá abajo, bombardeado constantemente desde las alturas que ahora dominábamos.

Eran las 16:30 horas cuando nos descolgamos de la cornisa al tiempo que nubes bajas comenzaban a envolver la montaña. Sin apuro fuimos enhebrando la cuerda de descuelgue en descuelgue, y así como llegó la noche, de repente, lo hicimos nosotros a la banda de seracs, tal y

como habíamos planeado. Concentrados en sostener la monotonía del descenso, finalmente alcanzamos la base de la pared. Me senté y cerré los ojos, podría haber dormido ahí tranquilamente varias horas si no fuera porque Natalia había puesto su ambición en el campamento base y, decidida, me fustigaría hasta llegar a él. Y no una, si no muchas veces, pues de tanto en tanto mi deseo de llegar era superado por las ganas de sentarme y cerrar los ojos... "un ratito no más". ►



En la distancia, se dibuja la pequeña carga, lo que les da energía para recorrer los últimos pasos con la promesa de calor y descanso.





ARRASTRANDO SUS CANSADOS CUERPOS HACIA EL CAMPAMENTO BASE.

EL SOL LES REGALA UN PRECIOSO TIEMPO PARA REARMARSE, FÍSICA Y MENTALMENTE, SECAR EL EQUIPO Y DIGERIR LA EXPERIENCIA VIVIDA.



ATRAÍDO POR LA EXPLOSIÓN DE COLOR, UN PEQUEÑO PÁJARO EXTRAVIADO SE VUELVE, POR UNAS HORAS, UN CURIOSO COMPAÑERO DE VIAJE.



A MILES DE KILÓMETROS DE DISTANCIA, SEBASTIAN IRARRAZABAL LES ORGANIZA UNA HERMOSA E INESPERADA BIENVENIDA.



Efímeras huellas de su paso por estas tierras, que seguirán tan vírgenes como las encontraron.

► **Extraviados**

La exquisita satisfacción del trabajo terminado no la sentimos hasta el día en bajamos las cosas que habían quedado en el frustrado campamento alto, y así, con enorme alegría nos despedimos por última vez y para siempre de *Osod* y todos sus amigos.

El regreso del sol nos permitió desplegar y secar todo nuestro equipo, una verdadera explosión de color en este mundo acromático, lo que atrajo a algunos pequeños pajaritos que seguramente se habían extraviado entre las montañas. Al parecer es algo común, pero que habitualmente no termina muy bien ya que se encuentran con cierta frecuencia sus plumíferos cuerpos inertes a medio enterrar

en la nieve. Me pregunto hasta que punto no estamos nosotros también extraviados en estas regiones misteriosas tan ajenas a nuestra naturaleza. ¿No deberíamos en su lugar estar buscando comida, poder, placer o una numerosa descendencia? No lo sé, pero si sé que la curiosidad, la necesidad de desafiar los límites y descubrir otros firmamentos es tan humana como nosotros mismos, irresistible y necesaria como el aire. Y fue todo esto lo que nos trajo hasta aquí, hasta este mágico rincón soñado del que nos despedimos ya con nuevos horizontes...